

Muchos cientos de sacerdotes y religiosos fueron asesinados

EN LAS FOSAS DE PARACUELLOS

No fue nada anormal que la Iglesia-Institución convirtiera por voluntad propia el Alzamiento Nacional en Cruzada. Muchos miembros de la Iglesia-Pueblo de Dios fueron asesinados con ferocidad por la única razón de sus creencias religiosas y su piedad. Pero también la Iglesia-Institución pagó el precio de un extensísimo martirologio. A las razones esencialmente patrióticas del Alzamiento, se superpusieron altas motivaciones religiosas, como consecuencia en parte de la alienación anticlerical de algunos sectores populares, pero sobre todo como resultado del plan de antirreligiosos friamente diseñado por el Partido Comunista. La iniciativa de calificar de Cruzada nuestra guerra, fue una iniciativa indiscutible de la Iglesia-Jerarquía, a todas luces justificada tras la lectura de "Historia de la Persecución Religiosa en España. 1936-1939", de don Antonio Montero Moreno, en la actualidad obispo. (Biblioteca de Autores Cristianos. 1961.)

En el instante en que algunos sectores políticos que se denominan cristianos flirtean con el Partido Comunista y con su secretario general, Santiago Carrillo, conviene recordar a los cientos de sacerdotes y religiosos que fueron vilmente asesinados en Paracuellos del Jarama, en comunión con los miles de seglares que también morían gritando ¡Viva Cristo Rey!

Para refrescar la memoria a los que ahora parecen sentir una predilección especial por preferir la compañía política de los asesinos de sus hermanos que la de otros cristianos, reproducimos las páginas escritas por don Antonio Montero sobre la contribución de

sangre pagada por el clero y las órdenes religiosas en Paracuellos del Jarama. No creemos que su lectura conmueva la más mínima fibra cordial del hombre culpable en gran medida de aquel genocidio, sobre todo después de su declaración a una revista extranjera, en la que se mostraba dispuesto a matar de nuevo, si fuera preciso, al servicio del Partido.

Por lo tardío de la fecha y lo descomunal de la cifra, las ejecuciones ocurridas durante el mes de noviembre en las inmediaciones de Paracuellos del Jarama constituyen tema aparte lo mismo en la historia del Madrid rojo que en la del resto de las provincias afectadas por la perse-

cución religiosa. Más abajo intentaremos descifrar los móviles y circunstancias que dieron origen a tan impresionante holocausto, pero antes nos será útil indagar someramente la ruta seguida, desde la propia residencia hasta la descarga final, por aquellos grupos de religiosos que aportaron más número a las trágicas fosas de Paracuellos.

Corresponde sin discusión el primer puesto a los padres agustinos, que sólo en noviembre perdieron a 69 miembros, con la agravante de ser muchos de ellos primeras figuras de la Orden, presentes durante el mes de julio en Madrid con motivo de un capítulo provincial. Pero a las zanzas de Paracuellos contribuyeron, y muy notablemente, casi todos los institutos religiosos con residencia estable en la capital, y desde luego, aunque en aventuras individuales y dispersas, el clero secular. Sigue en número a los agustinos la benemérita y maltratada Orden de San Juan de Dios, con 23 bajas, y luego, por orden numérico también, los Oblatos de María Inmaculada (14 miembros asesinados), los Hermanos de las Escuelas Cristianas (doce), los dominicos (ocho) y los escolapios (seis).

No todos los grupos religiosos mencionados cayeron a la vez, como tampoco los miembros de cada instituto. Para dar continuidad a la narración que nos ocupa, vamos a ceñirnos tan sólo a los que de algún modo fueron o capturados o muertos en común.

El catálogo martirial de los padres agustinos se nutrió, en las muertes de Paracuellos, de tres comunidades diferentes:

La Universidad de la Princesa, situada en el número 23 de la calle del mismo nombre, y que había reemplazado, más o menos camuflada, a la suprimida Universidad de El Escorial. Ejercían allí sus diferentes ministerios de docencia o atención espiritual con los estudiantes una veintena de agustinos.

Especial importancia tuvo en las dos semanas antecedentes al 18 de julio el colegio-residencia de la calle de Valverde, número 25, donde se hospedó el capítulo provincial, que en anteriores ocasiones se había siempre celebrado en el monasterio de El Escorial. Allí vivieron sus últimas jornadas de normalidad religiosa hombres tan preclaros como el asistente general, Rvdmo. P. Mariano Revilla; el elegido por unanimidad superior provincial, M.R.P. Avelino Rodríguez; el P. Esteban García, etc., etc. De los superiores y jerarquías asistentes al capítulo, dieciséis en total, diez murieron en Paracuellos, tres en otros puntos y otros tres se salvaron.¹⁷

Pero el grueso de las bajas correspondió lógicamente a la comunidad más significada y numerosa, la del mismo monasterio de El Escorial.¹⁸ Por habilidad de los superiores y titubeos de las autoridades rojas que custodiaban a la sazón el Real Sitio, pudieron los religiosos del monasterio mantenerse entre sus muros hasta bien entrado el mes de agosto. Siguiéron practicándose las costumbres conventuales, aunque, a partir del día de Santiago, una orden tajante del alcalde, señor Carrizo, obligó a cerrar la iglesia principal y suprimir el culto público. Los religiosos eran conscientes de la tempestad que se fraguaba sobre sus cabezas, aunque algo fiaban en el respeto de la vecindad y de los mismos cabecillas, que veían en los padres, a despecho de todo anticlericalismo, figuras beneméritas en el campo del saber. Mas el rumbo de Madrid durante estas dos semanas se mostraba cada vez menos propicio a componendas y amnistías. No había autoridad municipal o ciudadano

que pudiese a aquellas alturas sobreponerse al oleaje creciente.

El día 8 de agosto, aún de madrugada, cumpliendo órdenes de Madrid, dos policías y un buen grupo de milicianos instalaron a 106 religiosos en tres autobuses y dieron orden de partir hacia la capital.¹⁹

El diario de la tarde *Claridad* informaba puntualmente sobre lo acaecido en su número del mismo día 6: "Ciento catorce frailes parados... como de costumbre. El alcalde de El Escorial comunica a la Dirección General de Seguridad que ha enviado 114 frailes que estaban allí"²⁰.

El itinerario seguido por esta expedición fue, por demás, el corriente: hicieron escala en la Dirección General de Seguridad, en cuyos calabozos permanecieron hasta el anochecer, llenando durante aquellas horas la correspondiente ficha carcelaria. Y para que no quedase en el papel, montaron de nuevo en los coches a las ocho de la tarde para ser trasladados a la cárcel de San Antón, en cuya "sala de los frailes" encontraron nuevo domicilio. Allí estaban —les habían precedido en dos fechas— sus hermanos de la comunidad de la calle de la Princesa.²¹

Tres días más tarde aumentaba considerablemente la población religiosa de San Antón con una nueva remesa de detenidos, procedentes ahora del sanatorio psiquiátrico de Ciempozuelos. Era cincuenta y tres hermanos de San Juan de Dios, cuyas peripecias anteriores al encarcelamiento coinciden casi a la letra con las ya referidas de otras comunidades hospitalarias. Hasta el día 31 de julio puede decirse que no hubo cambio apreciable en la situación de los doce pabellones del gran sanatorio mental, tanto en las dependencias de enfermos como en los apartamentos ocupados por los hermanos. Verdad es que ya desde el mes de abril la existencia de estos últimos se había venido complicando con las incursiones y asalto de grupos extremistas del pueblo, hasta el punto de que el general Miaja, capitán general de Madrid, hubo de destacar un piquete de soldados para protección del sanatorio. Pero hasta el día de San Ignacio no se verificó la incautación formal por el Gobierno de Madrid, a cargo de unos mandatarios tan poco cualificados, al menos en la nomenclatura, como los concejales del municipio Tomás García (*Cara Mula*) y Vicente Sánchez (*Satanás*).

El superior de los hermanos, P. Guillermo Llop, les cedió sumisamente el gobierno de la casa, reduciendo su autoridad durante la primera semana de agosto a la dirección escueta de la comunidad religiosa, que de forma clandestina pudo mantener sus prácticas de piedad hasta el día mismo de la detención.

En la mañana del 7 de agosto se hizo cargo del sanatorio el nuevo equipo de enfermeros, reclutados, según todas las referencias, entre campesinos sin trabajo, profanos en absoluto para todo ambiente clínico. A los hermanos se les recluyó en un salón de recibo, junto a la portería,²² donde permanecieron día y medio, excepción hecha del superior a quien, previa entrega de 10.000 pesetas a Francisco Tejeiro (el Bote), jefe de las milicias de Ciempozuelos, le fue permitido gestionar con la Dirección General de Seguridad el traslado a Madrid de sus súbditos. Salieron del sanatorio a las cinco y media de la tarde, entre insultos y griterío del populacho; pernoctaron en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, para acabar, al anochecer del día 9, en las galerías de San Antón.

Algo debía tramarse bajo cuerda en las esferas responsables de estas detenciones, a juzgar por la coincidencia de fechas y procedimientos, que hizo encontrarse en el colegio de los Escolapios a casi doscientos eclesiásticos en poco más de cuarenta y ocho horas.

Aparte de los 126 agustinos y los 53 hospitalarios mencionados, y en la fecha intermedia entre ambas expediciones, cayeron también por San Antón, previa captura en el asilo del Sagrado Corazón, ocho hermanos de las Escuelas Cristianas,²³ que fueron instalados en el aula "C".

Los arriba nombrados oblatos de María Inmaculada, cuya sede de Pozuelo de Alarcón fue asaltada, según queda dicho, en la primera semana del Alzamiento, luego de perder a los siete miembros fusilados en la madrugada del día 24, fueron trasladados a la Dirección General de Seguridad y libertados al siguiente día. En total eran 34 los supervivientes, y varios de ellos volvieron a ser detenidos posteriormente para coincidir en la cárcel Modelo²⁴ y ser trasladados el 15 de noviembre a la bien nutrida de San Antón.

Aparte estos grupos numerosos, los controles de las cárceles registraban un inintermitente goteo de detenidos, buena parte de los cuales procedían de las filas de uno u otro clero. Sólo el número de los nominalmente identificados —entre los muertos posteriormente— asciende, de agosto a noviembre, a 23 sacerdotes seculares²⁵.

Las prisiones más nutridas de eclesiásticos fueron, después de la de San Antón, la de Porlier, colegio también de los Padres Escolapios; la cárcel propiamente dicha de Ventas, destinada hasta entonces a mujeres, y la Modelo, de la Moncloa, cuyos vecinos hubieron de pasar a otras prisiones, a la libertad o al fusilamiento cuando las fuerzas de Franco hicieron brecha en los edificios contiguos de la Ciudad Universitaria y de la Casa de Campo. Las de San Antón y Ventas tenían sendas dependencias destinadas fundamentalmente a prisioneros eclesiásticos. Esta circunstancia favorecía notablemente la tensión espiritual de los presos, que reconstruyeron en el nuevo escenario todos los módulos de su vida piadosa.²⁶

Pudo parecer, en un momento dado, que la prisión era, en efecto, según ciertos cálculos de primera hora, más un refugio contra la tormenta de fuera que una antesala del fusilamiento. Por desgracia prevaleció con mucho este último concepto. Noviembre fue, según se ha dicho, el mes trágico pro excelencia. Conviene anotar que, exactamente el día 6, abandonaba la villa el Gobierno Largo Caballero, recién reforzado con la incorporación anarquista.²⁷ Hasta entonces, la Dirección General de Seguridad, al mando de Manuel Muñoz, había sido el organismo más operante en la detención de personas malquistas y en el fusilamiento de muchas de ellas. Aunque en modo alguno podía considerársela como responsable exclusiva de la sangre diaria, ya que detenciones y asesinatos fueron producto casi siempre de la connivencia explícita o disimulada entre los poderes públicos y los grupos de presión o, más en concreto, los comités políticos y las checas. Fue muy frecuente antes de noviembre la llegada repentina a los recintos carcelarios de piquetes de milicianos, provistos de un volante avalado por firmas muy altas,²⁸ que, so pretexto de traslado o mostrando abiertamente sus propósitos, sacaban consigo a determinados presos para deshacerse de ellos, cruzada apenas la ciudad.